

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Crisis Del Empleo Y Nueva Marginalidad: El Papel De Las Economías De La Pobreza En Tiempos De Cambio Social.

Agustín Salvia.

Cita:

Agustín Salvia (2004). *Crisis Del Empleo Y Nueva Marginalidad: El Papel De Las Economías De La Pobreza En Tiempos De Cambio Social. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/136>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CRISIS DEL EMPLEO Y NUEVA MARGINALIDAD: EL PAPEL DE LAS ECONOMÍAS DE LA POBREZA EN TIEMPOS DE CAMBIO SOCIAL

Agustín Salvia¹

IGG-UBA-CONICET

Presentación

El objetivo del trabajo científico es remitir lo diferenciado empírico a categorías teóricas desde las cuales lo real se organiza y se explica de un modo demostrable, es decir, de modo de poder reducir la complejidad de lo real a algunas ideas básicas que el pensamiento pueda identificar y proponer a la discusión como núcleo inteligible del fenómeno que se considera. Al respecto, cabe señalar que lo real es evidentemente siempre más complejo que el pensamiento, y que el trabajo de investigación científica busca reconocer este diferencial de complejidad para poder descifrar y resignificar el objeto del problema investigado.

En el actual campo de investigación de las ciencias sociales, se hace evidente que algunos de los supuestos epistémicos tradicionales (disciplinarios, deterministas y atemporales) no se sostienen ante las manifestaciones de un mundo social que se nos presenta complejo, conflictivo e indeterminado. Al respecto, surgen nuevas visiones teóricas sobre los sistemas, el tiempo y los acontecimientos, así como la necesidad de integrar visiones interdisciplinarias en búsqueda de poder profundizar y enriquecer el conocimiento del mundo de manera significativa.²

En este marco, el concepto de “cambio social” asume un valor heurístico relevante y factible de ser definido en función del problema estudiado. En tiempos normales

la acción se desarrolla entre el margen estrecho de las reglas sociales, pero en época de crisis se crean condiciones favorables para el desarrollo de estrategias audaces y originales.³ La tensión y el conflicto son activadores necesarios del cambio social: tensión entre los encadenamientos sistémicos, institucionales y subjetivos interesados en el orden establecido y aquellos otros obligados en su trance a desarrollar evoluciones zonales, ritmos locales de desarrollo, creación de nuevos espacios organizados. Por definición, el cambio social implica siempre disipación de un orden dado y emergencia de nuevas formas de organización y reglas de integración. Pero no necesariamente ello está implicado en la derrota de las fuerzas conservadoras ni el triunfo de las fuerzas progresistas. El cambio social, no tiene un signo predeterminado ni se define por el signo de sus protagonistas. Las nuevas formas sociales nunca son la expresión de la voluntad puesta en juego por los actores –ni siquiera del actor triunfante–, sino la construcción histórica de un orden autorregulado, cuyo principal rasgo es estar obligado y lograr funcionar bajo nuevas composiciones y reglas de integración social.

El punto de partida: un orden en conflicto, significado por los actores, abierto a la construcción social interesada, polivalente en cuanto a las consecuencias sociales de su desarrollo. Un orden frente al cual para su reconocimiento resulta necesario abandonar desde un principio toda ilusión en cuanto a la transparencia del lenguaje y de los actores; incluso, de los propios lenguajes y de la propia acción.

En esta ocasión, todo esto interesa aquí en función de revisar el sentido y alcance del surgimiento en la Argentina reciente de un conjunto heterogéneo de formas colectivas de autogestión económica que presentan amplias derivaciones políticas

y sociales (p.e. empresas recuperadas, comunidades piqueteros, clubes del trueque, asambleas vecinales, cooperativas populares, etc.). Desde la investigación social se tiende a definir a estos emergentes colectivos como nuevos “movimientos sociales”, reuniéndolos bajo el nombre de “economía social” o “economía popular”, y asignándole un papel destacado y progresista en la construcción de una “nueva matriz política” de organización popular, o, incluso, como una nueva “utopía del desarrollo”, capaz de resolver lo que la economía de mercado no puede solucionar.

Al respecto, cabe anticipar que este artículo propone una lectura distinta y provocadora del fenómeno: tales modalidades de autogestión –a las que mejor cabe llamar “economías de la pobreza”- lejos de ser una expresión contestataria contra el sistema social, constituyen principalmente estrategias de subsistencia colectiva, las cuales a veces toman la forma instrumental de grupos de presión que persiguen objetivos puntuales y, en el mejor de los casos, como movimientos sociales dirigidos a reivindicar la actualización de una incumplida modernización económica y social. Todo ello situado en una estructura de oportunidades históricas caracterizada por la crisis del mundo trabajo, la segmentación del sistema de movilidad social y la ilegitimidad de los mecanismos tradicionales de dominación político-corporativa. Asimismo, el fenómeno, más allá de su discurso “autogestionario”, muestra al propio Estado como protagonista necesario y a grupos políticos opositores como invitados secundarios en procura de atender urgentes necesidades de subsistencia y regular la conflictividad social.

A pesar de todo ello, sin embargo, el fenómeno es un factor de cambio social. Por lo mismo, cabe preguntarse qué tipo de innovación generan o hacen posible estas acciones colectivas. A ello se habrá de llegar al final del artículo.

El cambio social como objeto de investigación

El cambio social ha sido un tema de constante preocupación teórica para las ciencias sociales. La primera gran ambición científica en este campo fue la aspiración a determinar las “leyes” de la evolución histórica.⁴ En general, subyacía a este interés la idea de progreso revivida durante el Siglo de las Luces y triunfante durante el siglo XIX. Esta noción enfrentó tempranamente la crítica de los historiadores en cuanto a la idea arrolladora del “acontecimiento” como evento único e irrepetible. Pero las ciencias sociales ignoraron desdeñosamente este cuestionamiento. Los pensadores posclásicos y poscríticos (si se puede denominar así a los kantianos estilo Weber), aunque con ambiciones más modestas, siguieron buscando regularidades que pudieran explicar los cambios en las sociedades poniendo énfasis en aspectos parciales de las mismas. Se preocuparon fundamentalmente por la acción de los agentes sociales en los procesos de interacción e intercambio, más que en los procesos a nivel de las estructuras o de instituciones como la propiedad privada y el Estado.

Con estos antecedentes surgieron en el siglo XX las teorías del desarrollo y la modernización. En todos los casos representando una combinación única entre un esquema explicativo ideal y un abordaje específico del objeto y el problema de estudio.

En este marco, por ejemplo, el estructural funcionalismo de Parsons y Merton procuró dar a la sociología –como el keynesianismo a la economía- tanto un

modelo para explicar el cambio social (las disfuncionalidades, la socialización incompleta, las incompatibilidades entre demandas y el papel de los actores, etc.) como el campo de acción de su explicación (procesos sociales delimitados). Sin embargo, desde esta mirada de época no emergió ninguna importante referencia – incluso en confrontación con el estructural funcionalismo- al análisis global sobre los procesos de cambio de un tipo de sociedad a otro. Y si bien desde esta mirada se abordó con particular insistencia el problema de la transición de las sociedades tradicionales a las modernas, no surgieron a partir de este enfoque *leyes del cambio* como tales, sino más bien tipos ideales descriptivos; o, desde la posición opuesta, ejemplos históricos con la función de constituir pruebas refutatorias. Los cambios eran caracterizados a través de modelos polares, sin ningún intento de explicar su causalidad, sus secuencias o sus formas.

El pensamiento social de América Latina de los años sesenta y setenta recogió estos antecedentes a través de dos líneas fundamentales, ambas orientadas por un ideario de progreso. Por un lado, un enfoque neomarxista crítico en cuanto a las posibilidades de desarrollo de la región bajo las condiciones históricamente establecidas; y por otro, un enfoque más optimista centrado en los procesos de transición hacia la modernidad. El neomarxismo se desarrolló a partir de una lectura académica de Marx y Lenin y la incorporación de los conflictos de clase y los problemas de la dependencia económica, política y cultural en el contexto del subdesarrollo. En general, se estaba en búsqueda de un actor revolucionario en el sentido clásico del término, pero la mayor parte de los estudios realizados desde este enfoque ponían en entredicho la posibilidad de que dicho actor fuese la clase obrera. Por su parte, las preferencias por los temas vinculados con la transición

hacia la modernidad recogieron el desprestigio de las teorías gradualistas, incorporando al diagnóstico factores estructurales como la dependencia industrial, la concentración de la tierra y la pobreza urbana, pasando a ocupar la forma en que se articulaban alrededor un programa estatal de desarrollo las relaciones entre las clases sociales (trabajadores versus elites económicas y políticas), un papel clave en la transición. Tanto la Revolución Cubana como la Alianza para el Progreso tuvieron efectos perturbadores –aunque con diferente valoración- para ambos programas de investigación.

Mientras tanto occidente cambiaba de rostro. Un nuevo contexto simbólico se abrían al pensamiento social a partir de dos factores: a) la desilusión de las promesas del socialismo; y b) la crisis el modelo fordista y su Estado de Bienestar. El Mayo Francés y la Primavera de Praga fueron una expresión reveladora de agotamiento de la sociedad industrial. En campo económico, el conflicto capital-trabajo en las empresas había alcanzado su mayor grado de conflictividad, degradando la productividad y disminuyendo los márgenes de beneficio de las empresas. Era hora de innovar, y la economía de mercado dio respuesta. Pero más allá de los primero entusiasmos, junto con el nuevo desarrollo científico y tecnológico tuvo lugar un nuevo debilitamiento de la creencia de que la solidaridad humana habría de acompañar la marcha de la civilización y el desarrollo económico. La guerra de Vietnam, la intolerancia religiosa, el surgimiento del regionalismo, el apartheid, la desigualdad entre razas y de sexo, la crisis energética, el peligro al holocausto nuclear, el SIDA, etc., invadían de indignación y temor a las sociedades del mundo desarrollado. La naciente sociedad postindustrial quedó así atrapada desde un principio por una mirada escéptica

acerca del mundo y del futuro; y sin grandes protagonistas que hicieran el futuro de la historia humana.

Los hechos que le sucedieron –y que hoy continúan dominando bajo el nuevo escenario de la globalización- no han logrado más que confirmar este desaliento; y esto más allá de que la nueva expansión del capitalismo, la caída del socialismo real, los procesos de integración regional y el desarrollo de las comunicaciones y la información hayan introducido nuevas promesas e ilusiones modernizadoras.

Estos procesos no dejaron de afectar al mundo subdesarrollado, pero en el caso de América Latina el desaliento emergió como expresión del total descreimiento en la promesa –efectuado tanto por las teorías modernizadoras como por las revolucionarias de que había un progreso posible fundado en la afirmación de la soberanía política y la participación democrática. La realidad histórica hacía evidente que los principales protagonistas del cambio social estaban ausentes y que la transición era mucho más costosa de lo esperado o, incluso, imposible. Una intelectualidad joven y radicalizada, asumiendo un amplio liderazgo social, comenzó a denunciar el engaño y creció la intolerancia y el horror. El subdesarrollo latinoamericano mostró durante la etapa de regímenes autoritarios y gobiernos militares su faceta contemporánea más perversa.

Pero ni el terror de Estado ni el aumento que experimentó la pobreza generaron revoluciones. Ni la vuelta a la institucionalización democrática generó una reducción de la brecha entre lo moderno y lo tradicional o entre riqueza y miseria. Ni las reformas neoliberales produjeron la prometida modernización económica. Las evidencias muestran que historia ha sido mucho más caprichosa que cualquier pronóstico social o receta reformista.⁵ En este marco, si bien no surgió

ninguna crítica sistemática ni consistente a la teoría de las clases sociales y de la revolución, se fue perdiendo gradualmente interés por la clase obrera, ganando protagonismos el estudio de viejos y nuevos actores sociales. En este sentido, el poder del Estado (o su burocracia civil o militar), y no los patrones, pasaron a constituirse en los enemigos de los nuevos liberadores de la sociedad (portadores de una crítica de ruptura con los valores culturales dominantes). Así pues, hemos llegado a un punto en donde el cambio social no puede ser reducido a un modelo único. En este sentido, los nuevos temas tienen mucho más que ver con procesos de disgregación y disolución que de composición e integración. Ninguno de los nuevos actores sociales, ya sean los movimientos sociales de Touraine o de Melucci, las demandas de género, las luchas de las minorías étnicas, el fanatismo religioso, los movimientos de masa, las comunidades de base eclesíásticas, los piqueteros argentinos o las nuevas formas de la marginalidad social, aparecen en los textos clásicos de las ciencias sociales de antes de la segunda guerra mundial. A pesar de ello, las ciencias sociales actuales han logrado, al menos, identificar tales hechos, delinear nuevos campos de interés y avanzar en la comprensión de las dinámicas sociales asociadas a tales procesos. Pero esto sólo está siendo posible debido a una mayor aceptación acerca de la naturaleza variable y relativa de los hechos históricos y el carácter simbólico del mundo antropológico. Se hace cada vez más evidente que si bien los modelos simplistas abstractos de los economistas o de los estadísticos sociales son útiles para crear categorías analíticas, que pueden ayudar a describir el comportamiento estructural, no sirven para describir, interpretar ni anticipar los procesos sociales que son también culturales, y que por lo tanto deben considerarse a la luz de dinámicas

estructurantes-estructuradas que arrastran procesos recursivos, innovaciones continuas y múltiples efectos de sentido.

Así, debido al conflicto de intereses y valores, cada sociedad o segmentos particulares de ella construyen los procesos de cambio a partir de vectores globales formados por condiciones iniciales frágiles, sometidas a permanentes desequilibrios y alternativas de acción. De este modo, las soluciones pueden estar “amalgamadas” y desarrollarse una pluralidad de patrones sociales (estructuras, formas de organización y modos culturales). Pero siempre dentro de un orden dinámico estructurante. Por ello, en vez de *una gran teoría*, teorías del cambio. En vez de un *actor privilegiado*, una variedad caleidoscópica de agentes de cambio (aunque no todos con igual poder). En vez de un *solo resultado homogenizador*, una explosión de desigualdades a partir de una distribución compleja de alternativas biográficas, sociales e históricas (caos pero no sin un orden).

En el marco de esta perspectiva, parece prudente –tal como propone Boudon (1984)- atribuir la explicación del cambio social ya no a estructuras globales, sino a elementos o procesos específicos identificables en términos temporales y espaciales. Recién a partir de este reconocimiento parece pertinente intentar determinar las condiciones más generales que los contiene y le da sentido; las cuales pueden tener sus propias reglas de cambio aunque éstas sean menos susceptibles de demostrarse en un sentido empírico.⁶

Sin duda, el estudio del cambio social da lugar a la indeterminación, o, incluso, a juicios de valor acerca del futuro que se espera, pero de ninguna manera se trata de una ciencia inexacta obligada a rendirse a los procedimientos incommunicables de la interpretación.

En cualquier caso, no cabe perder de vista que la estructura –aunque inasible– está presente en los acontecimientos. Esta mirada asume la idea de un orden social “relacional” y de la historia como “proceso”. Desde esta perspectiva, la totalidad social no es la sumatoria atomística de individuos o relaciones entre individuos que poseen de manera autónoma los comportamientos que habrán de explicarse. Tampoco es el espacio donde la propia naturaleza social engendra las propiedades que se imponen a dichas relaciones. Una concepción alternativa nos permite reconocer una "totalidad social" (relacional e histórica). En dicho sistema las interacciones entre componentes del sistema introducen cambios permanentes en las interacciones individuales, los cuales, al mismo tiempo, explican las variaciones del todo (Piaget, Mackenzie y otros, 1982).⁷

Esta “totalidad social” convoca a concebir al tiempo histórico como medida del cambio social. En este sistema encontramos estructuras conocidas y regularidades previsibles, pero, también, fisuras posibles y acontecimientos imprevistos. Los acontecimientos suceden en sistemas abiertos, no simétricos y, por lo mismo, regidos por tiempos internos donde el futuro histórico no está predeterminado. Un tiempo que hacia delante es probabilidad e incertidumbre, y que en el presente es construcción interesada de sentido.

Siguiendo esta perspectiva, se vuelcan en este trabajo hallazgos de investigaciones realizados sobre los procesos de cambio que parecen dominar el escenario socioocupacional y político-institucional en la sociedad argentina al inicio del nuevo milenio.

En su seno, se estudian y debaten los efectos de la crisis del mundo del trabajo sobre la estructura social, el surgimiento de nuevos actores y el papel que les cabe en este contexto a las denominadas *economías de la pobreza*.

El proceso argentino: una catástrofe anunciada

Si bien la situación del país fue durante buena parte del siglo pasado muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso histórico de las últimas décadas puso en escena un patrón de producción de estancamiento, pobreza y marginalidad que ha diluido tales diferencias. De esta manera, la Argentina ha entrado al siglo XXI inmersa en la crisis más profunda de su historia. Ello ha tenido como consecuencia inmediata el empeoramiento de los niveles de vida de gran parte de la sociedad, conjuntamente con un incremento en los niveles de concentración de la riqueza inéditos en nuestro país.

Ahora bien, si bien estas son las claves estructurales del proceso histórico reciente, no cabe confundir las consecuencias con las causas. En términos generales, corresponde reconocer dos procesos históricos estructurantes de la actual crisis económica y social argentina. Por una parte, el renovado ciclo de expansión financiera y comercial que experimentó el capitalismo mundial bajo la fuerza de una mayor concentración económica y reconversión productiva. Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que –desde mediados de los setenta- fue experimentando el régimen social de acumulación y el sistema político de dominación corporativa. En este marco, cabe rechazar toda simplificación de la historia reciente. De acuerdo con la evidencia, es al menos exagerado imputar a las políticas económicas y sociales introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad,

segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social.

La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. En este contexto, es posible reconocer la emergencia de dos dinámicas de estructuración del deterioro social que, aunque relacionadas, surgen y participan de encadenamientos independientes:

a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían en núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso contó con el protagonismo de estrategias políticas no poco intencionales, pero también con cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.

b) Al mismo tiempo, la falta de renovación y dinamismo en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo habría implicado una crisis estructural en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y clases medias vulnerables adheridos a las promesas de la modernización.

Estos procesos subyacentes se agravaron con las políticas de estabilización y reformas estructurales de los años noventa (tipo de cambio fijo, apertura económica y flexibilización laboral). Junto a una mayor heterogeneidad de la estructura productiva y una más marcada segmentación del mercado de trabajo, devino un mayor debilidad del sistema social y político-institucional. Estas condiciones produjeron a su vez un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada.

Las consecuencias más importantes de este proceso han sido la debilidad de la demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso. En este marco, la “naturalización” del deterioro de las relaciones sociales y laborales parecería alejar del

campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio social de la subsistencia. De acuerdo con esto, la clave interpretativa más importante de este proceso no es sólo el problema de la propagación de la pobreza, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos y relaciones de fuerza diseminadas territorial, social y culturalmente, siendo a su vez funcionales a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

Es en este contexto que parte de la intelectualidad progresista parece reencontrarse con la vieja utopía del *sujeto histórico*, teniendo como referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. En esta línea interpretativa cabe ubicar la renovada valorización que se hace a las

“economías de la pobreza” – resignificadas como *economía social* o *economía popular*- reconociendo su expansión y capacidad de empoderamiento (Banco Mundial, 2001), o su potencialidad económica y política como alternativa a la economía de mercado (Coraggio, 1994, 1998), o como movimientos sociales que crean nuevas formas culturales de “socialización” alrededor de lo político (Schuster y Pereyra, 2001; Bialakowsky y Hermo, 2003) o, hasta incluso, una matriz alternativa de organización y poder popular (Svampa, 2004; Balestrini, et al, 2004).

Sin desmerecer el valor político de estas resignificaciones, cabe tomar distancias de las mismas para observar que instalar un problema a partir de la movilización de los actores y de la opinión pública es condición necesaria pero no suficiente para definir la agenda, es decir, el modo de resolución del problema. En cualquier caso, los actores requieren mucho más que ser reconocidos por la opinión pública para conducir una estrategia global.⁸ Desde esta perspectiva, cabe destacar que por mucho que las “economías de la pobreza” (empresas recuperadas, cooperativas populares, micro emprendimientos colectivos, organizaciones vecinales, etc,) se hayan multiplicado, se las represente revalorizadas, produzcan nuevas viejas formas de identidad y constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas (no importa si paliando o agravando la crisis del empleo), el desempleo, el subempleo y la precariedad laboral de una gran masa de población continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresan la mayor subordinación del trabajo remunerado a las estrategias de acumulación y las condiciones necesarias para su mayor explotación presente y futura.

De hecho, como bien señala Palomino (2004), estos movimientos autogestionarios no han surgido del quiebre del modelo político y económico prevaleciente, sino que surgen como respuestas sociales a las consecuencias del funcionamiento de ese modelo durante tres décadas de estancamiento persistente. En su mayoría no plantean reemplazar el modelo, sino subsistir a través de proyectos o estrategias que dejan fuera al mercado pero que requieren obligadamente del Estado.

El Deterioro del Mundo del Trabajo

La evidencia estudiada confirma que los problemas económicos y laborales en la Argentina no son de reciente gestación (Altimir, O. y Beccaria, L., 1999; Neffa, et al, 1999; Salvia, Rubio et al, 2003; Monza, 2003; entre otros). En lo fundamental, desde hace casi tres décadas que el régimen de acumulación argentino no logra desarrollar una dinámica sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos productivos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral.

La problemática ocupacional en la Argentina actual es particularmente crítica, sólo asimilable a una situación de catástrofe natural o bélica. Más de 10 millones de personas (70% de población económicamente activa) sufren problemas de empleo, tales como la desocupación, el trabajo indigente, el empleo precario y el subempleo; si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo registrado y un ingreso mínimo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo, la masa de trabajadores sobrantes del capitalismo argentino asciende de todos modos a casi 7 millones de personas (el 50% de la fuerza de trabajo urbana). (Salvia, 2003).⁹

En igual sentido, la heterogeneidad y debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que la mitad de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra inserta en un mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral. Sólo el 35% de los ocupados se encuentran insertos en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público. En este marco, los indicadores sociales (como por ejemplo que el 50% de los hogares urbanos están en situación de pobreza) constituyen una expresión directa de esta estructura económico-ocupacional. En variados aspectos esta fuerza de trabajo excedente, lejos de estar integrada al mercado laboral como ejército industrial de reserva, constituye –en términos de J. Nun (1969, 1999)- una masa marginal al menos poco funcional –cuando no disfuncional- a la dinámica de acumulación concentrada y a la regulación institucional del régimen de dominación social.

Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe destacar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

- 1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo y el aumento generalizado de las formas precarias y extralegales de contratación tiene lugar en un sistema productivo con fuertes desigualdades estructurales. Esto explica el achicamiento del mercado interno, el aumento de la pobreza y el incremento de la desigualdad social.
- 2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural, muy lejos de poder ser explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit en el capital humano. Se trata de un problema que afecta a la mayoría

de la fuerza de trabajo, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral.

3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación de las oportunidades de empleo en términos de calidad y remuneraciones; lo cual ha ampliado las brechas socio-institucionales y culturales entre el sector formal y el sector informal de la economía; a la vez que se destaca un alto deterioro de la productividad del trabajo, especialmente en los segmentos informales. El aumento de esta oferta laboral se explicaría en particular por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares.

4) Estas características de crisis del mercado de trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional.

En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.

5) Se destaca un fuerte déficit institucional por parte del Estado para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas. Los institutos del Estado vinculados a la atención de los déficit de empleo, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la pobreza, la marginalidad social y la informalidad laboral.

El Papel de las Economías de la Pobreza

En este contexto, la población sin empleo se ha visto obligada a generar un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo a lo largo y ancho

del país: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde se dice tiende a prevalecer el fin social sobre el lucro individual. Asimismo, se afirma que la generalización de estas prácticas tiende a implicar un proceso instituyente de mutación de los lazos sociales locales–territoriales.

Por lo mismo, se trataría de un movimiento heterogéneo de actores y estrategias.

No son pocos los que suponen la emergencia de una "economía social o popular" en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado. Pero lo único comprobado y comprobable es que estas iniciativas representan hoy para centenares de

miles de familias la única vía de subsistencia. Ahora bien, ¿en qué medida son además la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo o de un nuevo modo de construcción de identidad política y social? Y, más importante, ¿en qué medida dichas prácticas pueden generar un punto de inflexión en el tiempo medio de la historia económica, social y política de este país en el contexto de la globalización? Estas preguntas convocan a discutir qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que despliegan y gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de

creciente pérdida del valor presente de todo futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas visionarios estas preguntas resultan por lo menos innecesarias, cuando no imprudentes. Lamentablemente, prefiero ser crítico proponiendo una mirada mucho menos optimista. No porque no pueda reconocerse en tales iniciativas la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos “laboratorios de vida” (Mellucci, 2002), instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales. Pero frente a lo que se dice que tales iniciativas son –o podrían ser-, cabe llamar la atención que tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales –incluida la red estatal-; y que, si bien las demandas sociales se multiplican estableciendo los temas de la agenda –aunque sin resolverse-, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas la economía social constituye la primera estación –y no la última- de una estrategia de reinserción laboral y movilidad social.

En este contexto no parece florecer la libertad y la autonomía sino una mayor descomposición y fragmentación social que tiene incluso a estas nuevas iniciativas como espacios de reproducción de la marginalidad y de las relaciones de fuerzas sociales que las hacen posible. Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con capacidad crítica la salida que está teniendo la sociedad salarial nativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la

emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo.

Siguiendo esta perspectiva, cabría destacar las condiciones de deterioro social en que se encuentran los segmentos sociales de la economía de la pobreza: a) creciente debilidad de los vínculos con el mercado de trabajo formal, b) reforzamiento de este déficit a través de mecanismos impuestos de segregación residencial y de segmentación de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y c) progresivo auto-aislamiento del resto de la estructura social (mercados estructurados, circuitos regulados y cultura de masas) como mecanismo autoregulado de tipo estratégico-defensivo.

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante –sino la más importante- fuente de tensiones y conflictos. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente –aunque debilitado- un ideal de igualdad de oportunidades, afirmado históricamente a través de la universalización de fuentes de movilidad social y del acceso a selectivas aunque robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativas de sectores afectados por la pérdida de sus capitales físicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, implican la puesta en acto de una reacción contra la falta de oportunidades de movilidad, seguridad y bienestar que prometiera en su momento la sociedad salarial ya desaparecida.

Del mismo modo en que las corporaciones políticas, sociales y gremiales tradicionales reivindican –aunque cada vez con menor éxito- la cuota de poder y de privilegios pactados, los nuevos actores sociales demandan su particular cuota

política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y de derechos especiales. De esta manera, la pobreza generalizada –a la vez que políticamente movilizada y reivindicada- en una sociedad en crisis como la argentina implica una redefinición de los lazos sociales; pero no en clave de integración sino de fragmentación de las relaciones sociales (de ninguna manera una anomia individual, ni tampoco ausencia o vacío de vínculos sociales).

Por lo mismo, intentar revertir el problema de desempleo y de la falta de ingresos en términos de “economía de la pobreza” (o economía social) parece estar lejos de poder garantizar una reparación de los lazos de integración y de los soportes intersubjetivos perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos del trabajo asalariado. Al mismo tiempo que la afirmación de su identidad y su reclusión sobre el espacio territorial no hacen más que profundizar la crisis de dicho orden, sin capacidad efectiva de poder modificar las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

A manera de hipótesis provocadora, este trabajo sostiene que los actores movilizadas alrededor de la llamada economía social no son agentes directos del cambio social en un sentido progresista. Ni a nivel global, ni a nivel local. Por el contrario, sus prácticas y representaciones tienden a generar una redefinición de los lazos sociales en dirección a una mayor degradación de los espacios institucionales asociativos establecidos; incapaces estos, a su vez, de recomponer la legitimidad perdida.¹⁰ De tal manera que lo más destacable del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la falta de empleo genera entre los pobres y desplazados; sino los efectos de

mutación que el conjunto de la situación (desamparo + reacción) tiende a producir sobre el orden social, poniendo en escena respuestas locales que reproducen de manera ampliada y sin solución, una matriz atomizada y conflictiva de integración social.

El verdadero protagonista del actual cambio social no son las economías sociales ni sus efectos de identidad, ni tampoco la virulencia de las protestas contra el desempleo y la pobreza, sino el *impacto de sentido* que generan en la opinión pública tales actos *por sobre* los sectores con poder sobre las representaciones colectivas. En cualquier caso, *impactos de sentido* que preanuncian un riesgo serio para la matriz dominante y que la tensan en función de una redefinición del contrato social y del sistema de control social; en una dirección claramente opuesta a confiar en las nuevas promesas de modernización que surgen bajo el contexto de la globalización.

Así pues, ¿qué dicen sin decir las “economías de la pobreza”? Al menos cabe significar tres mensajes: 1) muestran el fracaso y la impotencia que padece el capitalismo argentino; 2) desafían los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil para neutralizarlos; y 3) ponen en escena el potencial disponible por parte de la sociedad marginada para atender su propia reproducción *al margen* o *en contra* de la sociedad estructurada.

Es decir, lo importante y verdaderamente nuevo de las “economías de la pobreza” no parecen ser el contenido de sus discursos ni las prácticas sociales que crean para sí, ni tampoco sus acciones colectivas contra el poder o en su favor, sino el

efecto de *sentido* que se va construyendo “fuera de ella”, obligando a los grupos dominantes a buscar respuestas políticas “nuevas” a viejas demandas sociales de inclusión. De este modo casi perverso, sin nuevos protagonistas ni causas virtuosas, parece producirse –aunque con dirección incierta- el cambio social en la Argentina actual. Por ahora, nada más.

Bibliografía

Aguilar Villanueva L. (1993): *Problemas Públicos y Agenda de Gobierno*, Miguel Ángel Porrúa, México.

Altimir, O. y Beccaria, L. (1999): “El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina”, en Serie Reformas Económicas No 28, Naciones Unidas/CEALS, Santiago de Chile.

Balandier, G. (1989): *El Desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa Ed., Barcelona. World Bank (2001): World development report 2000/2001, WB, Washington.

Bialakowsky, A. y H. Javier, (2003), “Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local”, en A. Bialakowsky (comp..) Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina, Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.

Boudon, Raymond (1984): *La place du désordre*, PUF, París.

Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, Buenos Aires.

Coraggio, José Luis (1994): *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*, Instituto Fronesis, Quito, Ecuador.

----- (1998): “Las redes del Trueque como Institución de la Economía

Popular”, en Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local, octubre.

Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998), *La nueva era de las desigualdades*, Ed. Manantial, Barcelona.

Jahoda, M. (1987), *Empleo y Desempleo: Un Análisis Socio-Psicológico*, Ed. Morata, Madrid.

Laszlo, E. (1990): *La gran bifurcación*, Gedisa Ed., Barcelona.

Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y P. Pérez (1999): “Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina”, en Serie Exclusión Social – Mercosur, No. 109. Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile, 1999.

Nun, J. (1969): “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol 5, N° 2, México, 1969.

..... (1999), “Nueva visita a la teoría de la masa marginal”, en *Revista Desarrollo Económico*, IDES, vol 39, N° 154, Buenos Aires, 1999.

Melucci, Alberto. *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge University press, Cambridge, 1996

Piaget, J., Mackenzie, Lazarsferd y otros (1982): *La situación de la ciencia del hombre en el sistema de las ciencias*. Ed. Alianza-UNESCO, 1982.

Prigogine, I. (1983), *Tan sólo una ilusión*, Tusquets Editores.

Prigogine y Stengers (1983), *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid.

Salvia, A., Rubio, et al (2003): *Deuda Social Argentina / 1 Trabajo y Desempleo*, Departamento de Investigación Institucional, Universidad Católica Argentina.

Salvia, A. (2003): "Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002". Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral Año 4, N° 11-12, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Verano-Otoño 2003.

Schuster, F. y Pereyra, S. (2001). La protesta social en la Argentina democrática. En "La protesta social en la argentina". Giarraca, Norma compiladora. Buenos Aires, 2001, Alianza.

Sennett, Richard (2000), La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Ed. Anagrama, Barcelona.

Svampa, M. (2003): Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales. Introducción. Buenos Aires, Universidad de General Sarmiento-Biblos.

Wacquant, Loïc (2001), Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio, Ed. Manantial, Buenos Aires.

¹ Investigador CONICET, coordinador del grupo de investigación Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires e investigador jefe del Observatorio de la Deuda Social Argentina en el Departamento de Investigación Institucional de la UCA.

² Al respecto consultar Prigogine (1983); Prigogine y Stengers (1983); J. Wagenberg (1985); Morin (1994); E. Laszlo (1990); G. Balandier (1989), entre otros.

³ "Podemos definir para ciertos sistemas un 'umbral', una distancia crítica respecto al equilibrio, a partir de la cual una fluctuación puede eventualmente no remitir, sino aumentar (...) La conclusión más general que podemos extraer de estos estudios es que mientras en estados próximos al equilibrio, la desorganización y la inercia son normales; más allá del umbral de inestabilidad, la norma es la autoorganización, la aparición espontánea de una actividad diferenciada en el tiempo y en el espacio". (Prigogine, 1983: p. 91).

⁴ De ella participaron pensadores clásicos como Smith, Ricardo, Comte, Spencer, Durkheim, Marx, entre otros.

⁵ No son pocas las decepciones. Por ejemplo, la teoría política sobre el papel de la democratización, o la teoría sociológica sobre los efectos de la educación, o la teoría de las etapas del crecimiento económico de Rostov, entre muchas otras, han sido desmentidas por los hechos.

⁶ Afirma Boudon (1984: 192-194) que existen ciertos procesos en donde un estado en $t + 1$ puede estar determinado sobre la base del conocimiento del estado en t . Pero esto no es una propiedad general, porque para que ocurra esto deben estar presentes y persistir toda una serie de condiciones, y que los actores deben estar en una situación *cerrada*. Pero no siempre éste es el caso: hay situaciones *abiertas* en las que el actor enfrenta un grupo de opciones sin tener una razón decisiva que le permita escoger una u otra. Y hay situaciones en las que los actores pueden *innovar*. Tales innovaciones pueden derivarse de una demanda específica, o puede presentarse por las demandas de un sistema; o bien, pueden ser enteramente

independientes como efecto no deseado de la acción.

⁷ Ver J. Piaget, Mackenzie, Lazarsferd y otros (1982). Por otra parte, cabe destacar que esta noción no es extraña a las discusiones clásicas que desarrollaron las ciencias sociales, sin embargo, siempre su aplicación ha presentado dificultades operativas y metodológicas.

⁸ Sobre enfoque constructivista que aborda el problema de la definición de la agenda pública, ver p.e. Best (1989), Hilgartner y Bosk (1988) y Aguilar Villanueva (1993).

⁹ El desempleo ha implicado para buena parte de sociedad argentina no sólo perder un ingreso, acceso a la salud, derecho a jubilación, asignaciones familiares, indemnizaciones por despido, seguro de trabajo, etc., sino también perder los medios instituidos de vinculación y participación en un trayecto de sociabilidad común y en un orden público determinado. Al mismo tiempo, no hay muchos flagelos parecidos en la lista de sufrimientos que pueden afectar a las personas en el marco de una sociedad fundada en el empleo remunerado (Jahoda, 1987). Pero a pesar de que este tipo de empleo fue siempre minoritario en el mundo y lo es cada vez más, el trabajo remunerado es todavía un valor cultural importante en toda sociedad desarrollada, y también lo sigue siendo para la mayor parte de las sociedades del subdesarrollo.

¹⁰ En tal sentido, el proceso así representado convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales; si no más bien del tipo descrito por Wacquant (2001) para las formas que asume la nueva marginalidad urbana en el mundo.